

Además, el autor sostiene que el reforzamiento de los lazos familiares actuó como uno de los amortiguadores de las tensiones sociales, dentro de lo que algunos teóricos del control social han llamado controles informales. Este comportamiento obrero estaría motivado tanto por las posibilidades materiales de elección como por unos valores sobre lo socialmente correcto, dentro de los cuales hay que tener en cuenta la percepción social sobre la familia troncal en el área rural vasca. No se trata de que ésta fuera la única, ni quizás la principal razón de ese comportamiento familiar, pero sí que quizás ayudaría a que fuera bien valorado y a que no se viera como algo traumático o vergonzoso. Además, hay que recordar que ese fortalecimiento de la familia está en el centro del discurso social de las instituciones estatales, de la iglesia, y de la mayor parte de la prensa. Una familia fuerte como base de una sociedad ordenada.

Así pues, en un contexto de movilidad y de dificultades, el fortalecimiento de lazos familiares significó la posibilidad de asegurar unas mínimas condiciones de vida para muchas familias trabajadoras. Al mismo tiempo, sin embargo, la resolución parcial de muchos de esos problemas sociales en el seno del hogar, y la valoración social que esto recibiera, sirvió seguramente como amortiguador de las tensiones sociales producidas en los inicios del desarrollo industrial capitalista.

Roldán Jimeno Aranguren. *Fundamentos de la piedad popular navarra: advocaciones y culto a los santos en la Navarra primordial*.

El 18 de septiembre de 2001 fue leída esta tesis doctoral dedicada a la evolución del culto de los santos en la Navarra *primordial* desde los orígenes del cristianismo y durante la Edad Media. Dirigida por el Dr. D. Ángel J. Martín Duque, obtuvo la máxima calificación por parte del tribunal formado por los Profs. Drs. D. José Ángel García de Cortázar, D. Domingo Ramos-Lissón, D. Pascual Martínez Sopena, D. Luis Javier Fortún y Dña. Raquel García Arancón.

La *hagionimia histórica* o el análisis del culto a los santos y sus advocaciones se muestra como una de las vías más fecundas para el estudio no sólo de la religiosidad medieval, sino, entre otros aspectos, de la estructura y el calado de las redes de poblamiento, por lo que la denominada Navarra *primordial* constituye un privilegiado espacio geohistórico para este tipo de análisis. Este territorio quedó libre de la conquista musulmana meridional, y de las invasiones normandas septentrionales, produciéndose una continuidad cultural desde los orígenes del cristianismo hasta la actualidad, por lo que constituye una de las formas más interesantes para completar el conocimiento de la tardoantigüedad y de los primeros siglos medievales. Los procesos de incorporación de nuevas modas culturales a partir de finales del siglo XI son

comunes a todos los sectores geohistóricos de Navarra. Su análisis en la porción *primordial* adquiere un especial interés, ya que deben de acomodarse, en ocasiones de manera forzada, al espacio de piedad cubierto desde época temprana por titulares parroquiales y cenobíticos.

La tesis se estructura en tres partes. La primera se dedica a los orígenes del cristianismo en las tierras vasconas, tratando de rastrear las diferentes interpretaciones de la historiografía más reciente, para centrarnos singularmente en los tres aspectos que más incidirán en la personalidad cristiana de la Navarra *primordial*: la sede episcopal pamplonesa y sus límites, la superposición del cristianismo sobre el paganismo, y la evangelización legendaria protagonizada por San Saturnino y San Fermín. Esta parte sirve de base teórica para la segunda, dedicada a la reconstrucción de la retícula poblacional con su correspondiente sustrato hagiográfico. Para ello se realiza un acarreo ordenado y crítico de los materiales relativos a las titularidades parroquiales, cenobíticas y otras complementarias. Tras este recorrido por la geografía de los espacios de piedad se pasa a esclarecer las dudas e interrogantes planteados en el primer apartado, analizando todas las advocaciones mediante un criterio jerárquico: habremos de distinguir por su diferente entidad las advocaciones de parroquias, monasterios, ermitas, cofradías, hospitales, capillas, reliquias y diferentes expresiones ornamentales. A través del análisis de las primeras, se establecen hipótesis coherentes e inteligibles sobre la implantación del cristianismo a un nivel de iglesias propias o *parroquial* y, por lo tanto, popular. El resto de titularidades nos muestran asimismo cómo ha ido evolucionando el culto de los santos a lo largo de los siglos medievales, acomodándose, en todo caso, a los escasos huecos dejados por la primera retícula advocacional. Para ilustrar esta realidad se incluye un apéndice cartográfico final que consta del mapa municipal utilizado como base, las realidades geohistóricas de la Navarra altomedieval, y los cultos más importantes de las parroquias, monasterios y monasterios de la Alta Edad Media.

En cuanto a las principales conclusiones, el cristianismo penetró en Navarra en el siglo III a través del valle del Ebro, llegando inmediatamente a Pamplona, eje vertebrador del territorio de los vascones. La sede episcopal estaría fundada antes de finalizar el siglo IV, momento en el que la nueva religión estaría plenamente establecida en el solar más romanizado. La diócesis dedicó su catedral a Santa María, ubicada sobre el foro romano, entre el siglo V y VI. La advocación corrobora estas fechas, pues la Virgen es uno de los pocos cultos que posee templos hispanos desde el siglo V. El cristianismo pasó pronto de la *civitas* al *ager*, implantado mediante el régimen de iglesias propias originado entre los siglos IV y VII. Aunque el proceso de erección de las iglesias propias debió iniciarse en el siglo IV, no habría sido hasta la segunda mitad del V cuando comenzaron a titularse aquellos templos, pues en los comienzos del culto los espacios sagrados no tenían titular ni reliquias. Ya en la sexta centuria, los fieles difícilmente admitían una basílica sin reliquias ni patrono celestial, y hacia la mitad de la siguiente la deposición de reliquias era necesaria en toda consagración de las iglesias, teniendo todas ellas un titular.

Los cultos numéricamente más importantes en las parroquias y monasterios altomedievales del sector nuclear navarro remiten al proceso cultural configurado entre

los siglos V y VII. El tupido mapa advocacional de Santa María muestra elocuentemente su temprana implantación a partir de la quinta centuria. A esta época pudieron corresponder los primeros testimonios de San Martín de Tours, San Pedro y San Esteban protomártir. El siglo VI conocería la introducción del culto de San Juan Bautista y San Andrés. Todo este proceso continuó ininterrumpidamente hasta el siglo VIII. La distribución cultual observada en los mapas de estos primeros santos sugiere una implantación de iglesias propias en círculos concéntricos desde Pamplona, quedando las periferias prácticamente desiertas, salvo en la parte occidental de Tierra Estella, probablemente por la influencia de las cristiandades del eje del Ebro. Todas estas advocaciones nos remiten a la liturgia hispánica, gestada en el siglo IV y conformada para el VI en toda la Península y en la zona de la Narbonense.

A partir del siglo IV en Hispania se asistió igualmente al nacimiento del movimiento eremítico y cenobítico. Este fenómeno se habría comenzado a producir en la diócesis pamplonesa en torno al siglo VI-VII, singularmente en las zonas rurales periféricas, suponiendo un factor importante en la difusión del culto de los santos. Pudieron participar de esta cronología los monasterios visitados por San Eulogio a mediados del siglo IX, habiendo surgido por la necesidad de extender la cristianización por los valles pirenaicos orientales. Las advocaciones de los cenobios altomedievales pudieron ser posteriores, como ocurre con San Salvador en Leire y en Urdaspal. Los titulares monásticos se caracterizan frecuentemente por su inestabilidad, obedeciendo en muchos casos a las reliquias custodiadas en sus iglesias, alterándose el orden de los titulares o rebautizándose por una refundación u otras circunstancias ocasionales.

Los primeros mártires hispánicos venerados desde la tardoantigüedad tuvieron una presencia no tan destacada en la Navarra *primordial*. El más destacado fue San Vicente. Su implantación se realizó fundamentalmente fuera de la cuenca de Pamplona y de su correspondiente anillo de valles circundantes, lo que sugiere una cronología posterior a la segunda mitad del siglo VI. Por aquella época se introducirían también los cultos de San Lorenzo, Santa Eulalia, San Felices, San Fructuoso y los Santos Justo y Pastor, con muchos menos templos.

La irrupción de San Miguel en el siglo VIII supuso el cénit en la implantación de los espacios de piedad, llegando la cristianización hasta las montañas más elevadas. San Quirico hizo lo propio a una escala más modesta. Aunque el culto de los santos era un fenómeno consolidado, la segunda década del siglo VIII marcó un antes y un después en su evolución. La invasión musulmana implantó en el territorio pamplonés un protectorado tributario que le permitió mantener su especificidad jurídica y religiosa. Hacia los siglos VIII y IX se habrían introducido también los cultos de San Adrián, San Juan Evangelista, San Julián, San Sebastián, San Saturnino, Santa Eugenia, San Jorge, San Babil, Santa Columba, Santos Cipriano y Cornelio, y los Santos Facundo y Primitivo.

El siglo X se inauguró con el nacimiento del reino de Pamplona en la figura de Sancho Garcés I, el primer gran impulsor de reconquista. La liberación del yugo musulmán debió ser un acicate para completar la retícula de iglesias rurales, proceso alargado hasta el siglo XI. Algunas comunidades villanas no tenían un templo local,

por lo que acudirían al pueblo más próximo para asistir a los oficios. Las nuevas iglesias tomaron titulares anteriormente venerados como Santa María y otros correspondientes a las oleadas culturales de aquella época: San Bartolomé, San Román, San Cristóbal, Santa Lucía, San Millán, Santos Cosme y Damián, Santa Engracia, y Santa Cecilia. Este proceso continuó en los siglos sucesivos de una manera residual pero perfectamente constatable a través de las nuevas devociones.

Los protagonistas de la hagiografía navarra tuvieron un culto dispar. El rindido a los abades Virila y Veremundo se centró en sus respectivos monasterios, Leire e Irache. Del primero se difundió a Navarra la devoción a San Marcial y las Santas Nuniolo y Alodia, aunque de una manera modesta. El supuesto primer obispo pamplonés, San Fermín, no fue conocido en Navarra hasta el año 1186, protagonizando a partir de entonces un incremento cultural sosegado pero constante, que a finales de la Edad Media apenas traspasaba la capital del reino, salvo en su festividad litúrgica. Por aquella época pudo nacer el culto y la leyenda de Santa Felicia y San Guillén, focalizada en Labiano y Obanos. El santuario más importante desde el punto de vista de la religiosidad bajomedieval, San Gregorio de la Berrueza, estaba dedicado al obispo de Nacianzo. La figura del Ostiense, adscrita al santuario de Sorlada en el último tercio del siglo XVI, envolvería en lo sucesivo en una nebulosa onomástica a los otros santos Gregorios, el Nacianceno y el Magno.

Fernando Serrano Larráyoz, *La Mesa del Rey. Cocina y régimen alimentario en la Corte de Carlos III el Noble de Navarra (1411-1425)*.

Esta tesis, dirigida por el profesor D. Juan Carrasco Pérez, fue presentada el 12 de noviembre de 2001 en el Departamento de Geografía e Historia de la Universidad Pública de Navarra.

Su temática viene dada por el interés de la historiografía moderna por los usos alimenticios y sus complejas implicaciones sociales y económicas, al menos en lo que al mundo medieval se refiere, es relativamente reciente. Las líneas de investigación más actuales apenas remontan sus planteamientos metodológicos y sus áreas de interés una veintena de años atrás, y el arco temporal se reduce si semejantes cuestiones se circunscriben al mundo hispano.

En ese contexto de interés relativamente novedoso, un estudio como el que aquí se comenta adquiere un valor especial. La práctica ausencia de trabajos, siquiera parciales, sobre el territorio navarro, y el cuantioso –aunque difícil en su tratamiento– caudal documental susceptible de ser analizado en relación con estos temas eran un acicate y un reto para establecer una investigación de profundidad.